

Los primitivos habitantes de Canarias⁽¹⁾

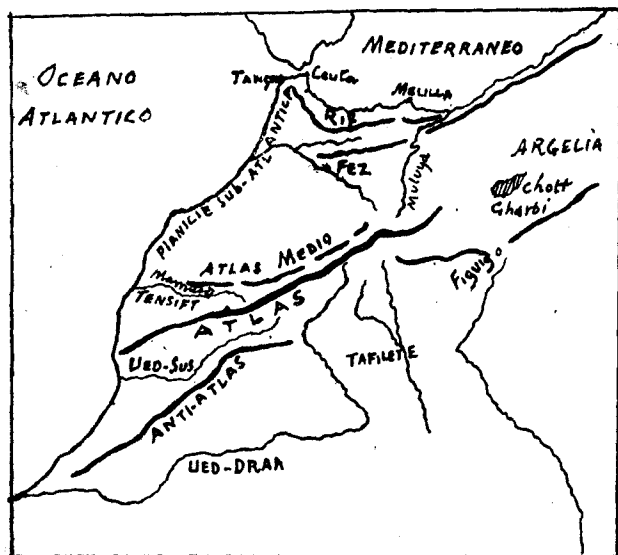
III



INSTALADOS los mahu-harias en las islas de Fuerteventura y Lanzarote, en ellas vivieron con sus rencillas y guerras, sin que emprendieran nuevas expediciones por el archipiélago. La llegada de nuevas tribus invasoras y el debilitamiento ocasionado por internas discordias, impidieron su expansión.

De la costa africana partieron otros grupos o tribus que cayeron

(1) El gráfico adjunto representa la parte noroeste de Africa, región desde la cual se verificó la emigración de los arios o pre-helénicos, mezclados en parte con grupos de proto-semitas, hacia las islas Canarias, confirmándose de esta suerte una ley constante de la humanidad, a saber: que las emigraciones siempre se han efectuado de Oriente a Occidente. También en el gráfico se señala la Argelia, última región en donde las tribus ya nombradas permanecieron unidas antes de la dispersión, entrando después en los valles de la Mauritania en partidas que marchaban por los pasillos que iban ensanchándose hasta el Atlántico, al norte y sur del Alto-Atlas.



Desde esta última región, o sea la Mauritania, las tribus arias, divididas en distintos ramales, aportaron a las Canarias en oleadas sucesivas.

sobre las Canarias, saliendo del cabo Juby en vez de efectuarlo por el de Non, punto aquel, el más meridional a que llegaron los arias en sus correrías.

Esas tribus eran las de los *Chahun harias*, las cuales Plinio ⁽¹⁾ describe como sigue, hablando del Atlas: «Los que habitan los más cercanos montes llenos de elefantes y fieras y de todo género de serpientes, *se llaman Canarios*, porque el sustento de los perros es el mismo que el suyo, y comparten con ellos las carnes de las fieras.» Aun cuando no opinemos de igual modo que el escritor latino acerca de la etimología de la voz *Canarios*, su afirmación acerca de la existencia en el Atlas de esos hombres es de gran valor para nosotros.

Desde aquellos montes, los *Chahun-harias* o *Kahun-harias* se fueron acercando a las costas de la Mauritania, hecho que acredita el geógrafo Ptolomeo ⁽²⁾ al afirmar que existía en Africa un cabo llamado *Chahun-haria extrema*, o sea la *última Canaria*, cabo que corresponde exactamente con el actual Juby, que debe su nuevo nombre al rey Juba; siendo este punto el más meridional de las excursiones arias, según hemos indicado, y confirma Plinio, al decir en el mismo capítulo citado: «Es cierto que está junto a éstos (los Canarios), la gente de los Etiopes que llaman Perorsos...», las denominaciones *Mahu-haria* y *Chahun-haria*, designarían agrupaciones de tribus clasificadas por las posiciones geográficas que tenían en el territorio africano.

Sabemos que el prefijo *Mahu* o *T'mahu* de la voz *Mahu-haria*, según los egipcios, significaba gente del Norte, en tanto que la voz *Chahun-haria* contiene asimismo un prefijo *Cha* o *Ka* que asimismo significa, lo más inferior, lo extremo, denominación que en el caso que estudiamos expresa claramente gente del Sur o Meridional, como efectivamente lo eran los *Chahun-harias* con respecto a los *Mahu-harias*.

El P. Abreu Galindo, con un fino espíritu de observación, saca la consecuencia de lo expuesto por nosotros, como puede verse en el capítulo primero de su libro segundo, página 87, que dice así:

«En las faldas del monte Atlas, en Africa, hay unos pueblos que llaman los naturales de aquella región *Canarios*, y podría ser que el primero que descubrió esta isla (Canaria) fuese de aquellos pueblos, y a contemplación de su tierra la llamase *Canaria*, como al presente en nuestros días lo han hecho los descubridores y pobladores de las partes de las Indias...»

(1) Plinio, H. N. libro V, capítulo I.

(2) Ptolomeo, libro IV, capítulo VI. *Canarii Africae populi sunt circa Atlantem, habitantes in salibus plenis elephantorum, ferarum et serpentum; ita dicti, quod canum victus ipsis promiscuus sit.*

Insistimos, pues, que desde el promontorio o cabo *Chahun-haria extrema* se lanzaron al mar nuevas tribus, los *Chahun-harias*, que dieron nombre a la isla de Gran Canaria y al cabo de donde partieron.

Es muy probable que la primera tierra donde desembarcaron fué en el sur de Fuerteventura, en la península de Jandía, pudiendo atribuirse a esta irrupción de nuevas gentes, la construcción de la muralla que dividió la isla, levantada por los *Mahu-harias* para mejor defenderse de los *Chahun-harias*.

Desde el sur de Fuerteventura, los *Chahun-harias* aportaron a la isla de Gran Canaria invadiéndola por la parte oriental y por el sur. La ruta que hemos indicado es la más natural, porque sabido es que desde la costa africana se vé en días claros la parte sur de la isla de Fuerteventura, así como desde el punto extremo de Jandía se distinguen las costas de Gran Canaria, y desde esta última isla aquélla península, como afirma el doctor Chil en sus *Estudios*, diciendo así:

«Por el año de 1847, encontrándome en Telde, recuerdo haber visto la isla de Fuerteventura, tan inmediata al parecer a Canaria, que aún observando atentamente la distancia, creeríase poderse atravesar el largo espacio que las separa en un bote, en menos de una hora...»

Indudablemente los *Chahun-harias* serían tribus de gran poder y muy numerosas, pero nunca de tanta importancia como para dar nombre a todo el archipiélago, según estiman algunos escritores. Opinamos que el haber bautizado a estas islas con el nombre de Canarias no tuvo otro origen sino el mismo por el cual se apellidó América al continente descubierto por Cristóbal Colón. Algún geógrafo, al conocer el nombre de esa isla lo aplicó en el mapa o portulano que dibujara a todo el archipiélago y la costumbre lo sancionó.

Los Guanches

Según afirman los geógrafos Vidal de la Blache y C. de Almeida, así como el historiador César Cantú en su «Historia Universal», veinte leguas al sur del cabo Tenez, en Argelia, al norte de Orleansville, existe una cadena de montañas llamada *Gebel Guanxeris* o *Guancheris*; del nombre de esas montañas tomaron nombre las tribus que viven en sus alrededores, cuya analogía con la voz *Guanche* que designaba al habitante de Tenerife y al de la Palma es evidente.

Analizando las voces *Gebel-Guan-xeris*, tendremos que *Gebel* significa «monte»; *guan*, en el lenguaje de aquellos aborígenes quería decir «hombre», palabra que entraba en la composición de otras, así

Guan-arteme, estaba formado de *Guan* y *Artemi*, o sea «hombre descendiente de Artemi Semidán», y también «hijos de Artemi»; *guan-oth*, compuesto de *guan*, «hombre», y *oth*, «el que ampara», era «el hombre que amparaba», y lo mismo sucedía en las localidades *Guan-tecira* y el pueblo de la *Guan cha* que existe en esta isla, como recuerdo de la raza vencida. La terminación *Cha*, significa lugar; por eso *Chasna* significaba «las bandas del Sur».

Nos resta estudiar el subfijo *xeris*, *cheris* o *seris*. La voz egipcia *shait* o *sheit*, expresaba la tierra del lago, cerca de Moeris, donde residieron antes de que los griegos fundaran a Crocodrilópolis, tribus arias en tiempos de Ramsés 3.º, como ya hemos probado. Luego, el verdadero nombre sería: *Gebel Guan-sheit*, y su traducción, «Monte de los hombres de la tierra del lago». Los guanches que residieron en Egipto en tiempos anteriores al año 1300 antes de Jesucristo pasaron luego a Argelia, bautizando las montañas donde vivieron con la denominación ya indicada, emigrando más tarde parte de esa población a las Canarias.

Sabido es que en Berbería las montañas toman en general su nombre de las tribus que las pueblan, y esta costumbre nos ha facilitado el estudio de esos ramales arios. El monte *Wan-nasch reese*, (el *Guan-xeris* de Samson y el *Gauser* de Duval), está a ocho leguas al S. E. de Sinaab, sirviendo de guía y dirección a los marinos, elevándose mucho por encima de las montañas del país. Véanse Suis y Schaw.

Los geógrafos antiguos y los escritores posteriores al siglo XV, hablan de los *Guanxeris*. Edrisi los llama *Wanschrys*, incluyendo entre esas tribus a los *Haouarythes*, habitantes de la Palma.

Del espíritu guerrero de los Guanches da fe Leon Africano, cuando dice: «Las tribus que habitan esta alta montaña (*Guanxeris*), han sostenido la guerra contra el rey de Tlemencen durante más de sesenta años... Cuentan con 20.000 peones y 2.500 soldados de a caballo.» Luis de Mármol cita también a los *Gaunxeris* como una población del desierto de Zuenziga, si bien reduce e número de sus combatientes.

Por último, en su común hablar, según Abreu Galindo, los guanches llamaban a la isla de Tenerife, *Chineche*. De la unión de esta voz con el prefijo *guan*, resulta *Guan-chineche*, que vendría a ser «hombre de la tierra», etimología que nos parece demasiado artificiosa, tanto más cuanto que este historiador, como los que le siguieron, desconocían por completo la filología y los descubrimientos efectuados hace poco de etnografía. Otros se inclinan a afirmar que de *guan* y de *Chinerfe* nació la palabra *Guanche*, pero esto es tan artificioso como lo anterior.

Por desconocimiento de las leyes de construcción del lenguaje guanche no podemos afirmar si la voz *Tenerife* se deriva de *Chinerfe*; pero lo que sí sabemos es que antes de conquistarse esta isla, los P. P. Bontier y Leverrier, en el capítulo 68 de su historia, dicen que la isla del Infierno (Tenerife) se llama *Tonerfis*. Los habitantes de la Palma decían a los españoles, señalando al Teide, *Tiner-Ife*, o mejor, según otros, *Time Rife* (monte blanco), y los de Gran Canaria, según Marín y Cubas, llamaban *Tenerfe* a una punta de tierra que desde allá se descubre al sur de Tenerife. Es muy significativo también que la tradición consigne que existió un Mencey, dominador único de la isla, llamado *Tinerfe el Grande*.

Pero dejando a un lado esta cuestión, hemos de hacer constar que la palabra *guanche* servía para designar como nombre colectivo a varias tribus, las que a su vez conservaban sus denominaciones particulares. Un mismo origen tenían los guanches de Tenerife, Palma y quizá el Hierro, y sin embargo se distinguían con otros nombres, como tendremos ocasión de ver.

La ruta de los *guan-sheít* sería análoga a la seguida por sus antecesores. De las costas occidentales del Africa pasaron a la isla de Fuerteventura, descansando en Jandía; de allí prosiguieron su viaje aportando a Gran Canaria, donde quedaron contingentes respetables de esas tribus. De allí se lanzaron a la isla de Tenerife, donde se establecieron, invadiendo más tarde las islas de la Palma y la del Hierro. Debe suponerse que esas invasiones fueron sucesivas y por llegada de nuevos contingentes.

Una costumbre que comprueba la filiación de los guanches con los arios, la consigna Abreu Galindo en la página 195, capítulo 13, que dice así: «...cuando iban a la guerra llevaban consigo sus mujeres con la provisión que habían de comer...» Efectivamente, en estas palabras, en el color de la tez, de los ojos y de los cabellos y en las medidas del cráneo, hemos de convenir de un modo definitivo, concluyente, que esta raza es la misma de que habla Tácito en sus «Anales», César en sus «Comentarios» y Veleyo Patérculo; raza que en su estado primitivo tenía idénticas creencias y costumbres.

Los habitantes de la Palma

Para estudiar las tribus que poblaron la isla de la Palma, es necesario analizar la vida de los arios desde su asiento en Egipto. Según

hemos visto ya, los habitantes de Tenerife y los de la Palma tenían como nombre común el de *guanches*; como denominación particular, los de esta última isla se llamaban *Haouarythes*, que según los historiadores, en nada o en muy poco diferían de los de Tenerife.

Con objeto de llegar a un conocimiento exacto de donde procedían esas tribus, debemos remontarnos a los faraones egipcios de la XIIª dinastía, sobre todo a Amenemhait III. Este monarca, si no fundó la ciudad que más tarde se llamó Cocodrilópolis, como afirman algunos autores clásicos ⁽¹⁾, por lo menos erigió allí monumentos cuya naturaleza, mal comprendida en la época helénica, dió origen a la leyenda del lago Moeris y a la del Laberinto.

Herodoto fué el primero de los historiadores occidentales que habla de tales construcciones ⁽²⁾, el único que las vió, y de él copiaron los escritores posteriores su descripción, no sin embellecerla con rasgos más o menos fabulosos. Contaba este historiador que un faraón, Moeris, había construído a pocas leguas más arriba de Menfis y al occidente, un depósito inmenso en el cual almacenaba el exceso de aguas de la inundación. Este depósito era el famoso lago Moeris de los clásicos, cerca del Fayma actual, donde la cadena líbica se interrumpe de pronto y descubre la entrada de un valle que, ahogado al principio entre las paredes de la montaña, se ensancha a medida que se interna en dirección al poniente y acaba por abrirse en anfiteatro ⁽³⁾.

Construído el depósito, Moeris estableció su residencia en las cercanías y se erigió a la vez un palacio y una tumba. El palacio, que vino a ser templo a la muerte del fundador, se llamó el Laberinto, situado al oriente del lago, sobre una pequeña meseta casi pegada al emplazamiento de Cocodrilópolis. La fachada que daba al lago Moeris era toda ella de piedra caliza, tan blanca que los antiguos suponían estaba hecha con mármol de Paros; el resto del edificio era de granito de Siena. Una vez dentro del recinto, se sentía uno como perdido en un dédalo de pequeñas cámaras oscuras, cuadradas todas ellas, coronadas por un solo bloque de piedra a guisa de techo, comunicándose por pasillos las tres mil cámaras de que constaba el edificio.

Desgraciadamente, según se ha comprobado, todas esas grandes construcciones no son sino otras tantas leyendas, que no encierran sino una pequeña parte de la verdad. El depósito famoso que regu-

(1) Diodoro de Sicilia, I, 89, 8.

(2) Herodoto, libro II, capítulo CXLVIII y siguientes.

(3) Mariette, página 33.—Lepsius, *Denkm*, II, libro 118.—Masperó, *Hist. anc.*, páginas 122 y siguientes.

laba la inundación y aseguraba la fertilidad del Egipto, no ha existido nunca. Lo que Hérodoto vió fué la inundación, *moiri*, (de aquí el nombre del faraón *Moeris*, desconocido en los documentos indígenas) y lo que tomó por diques que constituían el recinto del depósito, eran las calzadas que separan una de otras las cuencas ⁽¹⁾. En la época que este historiador visitó al Egipto, el lago natural que se abría al Este del valle, ocupaba una superficie mucho más considerable que la que tiene en nuestros días, y su nivel más alto.

El Laberinto, que es lo que más nos interesa para nuestro trabajo, no era tampoco el palacio maravilloso que nos describe el padre de la historia, sino la ciudad que Amenemhait III fundó como dependencia de la pirámide, según era costumbre, cuyas ruinas pueden verse aún cerca de la aldea de *Haouarah*.

La identidad del Laberinto con las ruinas de *Haouarah*, señalada por Caristié-Jomard en su «Description des ruines situées près de la pyramides d'Haouarah» en la «Description de l'Égypte», tomo IV, páginas 478-524, y por Lepsius, «Briefen ans Ägypten», página 74 y siguientes, ha sido puesta fuera de duda por Petrie, «Hawara, Biahum and Arsinoe», páginas 4 y siguientes.

De la primitiva ciudad fundada por Amenemhait III, y más tarde en tiempos de Ramsés III, poblada por tribus arias, éstos tomaron el nombre de la ciudad donde residieron. De *Haouarah* nació la voz *Haouar-ythes*, terminación esta última de origen griego que significa pobladores, descendientes, y también valientes o guerreros, como en *hopl-ytes*. La traducción será: «los oriundos o los valientes de Haouarah». Unidos con los *Guan-shait*, «los hombres de la tierra del lago», se corrieron por etapas sucesivas hacia el occidente, hasta la Argelia, invadiendo Marruecos y desde allí a las Canarias y a las islas de Tenerife y la Palma, último punto de su movimiento progresivo.

Algunos objetarán que tan largo trayecto no es posible que fuera recorrido por tribus emigrantes; a esos les contestaremos que mayores fueron los recorridos por los iberos desde el Cáucaso hasta España, los germanos desde el centro del Asia, y los árabes desde su península, atravesando toda Africa, hasta España y sur de Francia.

B. BONNET. ✓

(Continuará)

(1) Linant de Bellefonds creyó reconocer los restos de los diques mencionados por Herodoto en los de la calzada que todavía se veía a mediados del siglo XIX, entre las ciudades de Iahim y Medinet-el-Fayum, pero el mayor Brown ha demostrado lo vano de estas suposiciones.